

---

# EL PICHINCHA

ESTUDIOS HISTORICOS, GEOLOGICOS Y TOPOGRAFICOS

POR

AUGUSTO N. MARTINEZ

(Continuación del N.º 123, página 230)



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE LA FORMACIÓN INTEGRAL

VII

*La última erupción del Pichincha y la más espantosa que todas las precedentes, 27 de Octubre de 1660.*

Acerca de esta catástrofe horrorosa existen varios documentos y datos, de suerte que comparándolos entre sí, podemos averiguar su exactitud y pintar á lo menos los rasgos principales conforme á la verdad. Ante todo citaremos algunas fuentes antiguas, pasando en silencio los autores modernos, que por lo común toman sus noticias de las obras de Humboldt. Rodríguez, Marañón I. IV, c. II, p. 229—237. Condamine Journ. du Voyage, p. 147. Velasco I. 9. III. 64. Alcedo, Dicc. IV. 204. Libr. de Cabildo de Quito 1660 fojs. 52—71. Antiguos manuscritos en el Convento de la Merced. Inscripciones en el Convento de San

Francisco y en el de San Agustín de Quito.

Por lo que hace *á la fecha*, todas las relaciones concuerdan entre sí (menos la de Velasco que da el 24 de Octubre); pero respecto á la hora en que empezó la erupción, no están tan acordes, citando de 7 á 9 de *la mañana*, según la opinión personal del autor. Cierto es que la erupción se había preparado y anunciado ya muy temprano, y aún desde la noche precedente, y que á las 9 la espesa lluvia de ceniza ya comenzó á oscurecer la luz del día. La inscripción que existe en la fachada de la iglesia de San Agustín de Quito, dice: "*Año de 1660, á 27 de Octubre reventó el volcán de Pichincha, á las 9 del día;*" y según el libro del Cabildo, la erupción empezó entre las 8 y 9.

Añadiré los pormenores siguientes tomados especialmente de Rodríguez y de la relación manuscrita del libro de Cabildo, dando sin embargo mayor crédito al primero que á la segunda. No dudo, que las noticias breves y sencillas de las actas mismas del Cabildo son exactas; pero la relación larguísima del Dr. J. Romero no me parece fidedigna en cuanto á los fenómenos volcánicos.—En aquella ocasión se apoderó de los Señores del Cabildo una curiosidad no acostumbrada, de manera que el 9 de Noviembre decretaron enviar al Pichincha, una comisión científica que escribiese una información exacta sobre el estado en que se hallara el volcán, y examinara de qué lado amenazaba arruinar la ciudad. Parece que los comisionados tuvieron razones particulares para no escribir cosa alguna sobre su desgraciada expedición—como veremos después,—y así encargaron de nuevo al Dr. Juan Romero, "que como testigo de vista, de tan gran talento, para memoria, tómasese á su cargo el hacer la relación." Este, aceptó la orden honorífica y dedicó su escrito, el 15 de Diciembre, al Cabildo, entre cuyas actas existe hasta hoy día. Por desgracia el dicho Dr. Romero era más bien poeta que historiador—algunas muestras hemos visto en el año de 1575—; los fenómenos más sencillos se presentan envueltos en frases tan altisonantes y exageradas, y tan cargadas de textos de la Escritura, que el escrito parece más un sermón moral, que una relación histórica, y deja en el lector las dudas más fundadas acerca de su exactitud. Por esta razón en lugar de poner el documento íntegro en el apéndice, me contentaré con la copia de algunos pasages. (V. el Apéndice N<sup>o</sup> 3). Rodríguez no fué testigo ocular de la erupción, pues estaba en aquel tiempo en Popayán; pero su relación aparece á primera vista más exacta, y la escribió según noticias que recibió por cartas del Colegio de Quito (V. el Apéndice N<sup>o</sup> 4).

*El domingo 24 de Octubre*, comenzó por la noche el *preludio* de la erupción con algunos estruendos que se oyeron de vez en cuando del lado del volcán y que continuaron con mayor viva-

ciudad todo el día siguiente. Los habitantes de la ciudad asustados, salieron el 27 de Octubre muy temprano á ver la cumbre del Pichincha y observaron que se levantaban hasta las nubes, peñascos encendidos. La montaña se halló en una conmoción extraordinaria tanto mayor cuanto más próxima estaba la reventazón. No gozaron mucho tiempo de aquel espectáculo grandioso, pues el Pichincha se cubrió luego de nubes espesas de un color gris, y comenzó entre las 8 y 9 á llover ceniza. Oyéronse después los truenos y de cuando en cuando se vió altravez de la oscuridad alguna que otra de las piedras encendidas; entre las 9 y 10 se oscureció el día de tal manera "que la noche más lóbrega, que cualquier cristiano haya visto, no se igualara con la oscuridad deste día noche." Las linternas con que los hombres andaban por las calles, apenas aclaraban los objetos más cercanos. Excusado es pintar la confusión y los temores de los habitantes, cuando el suelo comenzó á moverse y los temblores repetidos amenazaron arruinar los edificios: los mismos religiosos y las monjas se creyeron dispensados de las reglas de clausura y dejaron sus conventos. El terror llegó al extremo, cuando al medio día se percibió un ruido, como si un río caudaloso se precipitara de las faldas de la montaña sobre la ciudad. Pronto se conoció este nuevo fenómeno: eran piedras pómez y escorias ligeras, que al caer frotaban unas con otras, ocasionando así aquel ruido sordo, y lo que es más no tardaron en retumbar sobre los techos y en las calles con mucho mayor fuerza que una granizada. La furia del volcán se aumentó todavía por la tarde, así también como la fuerza de los sacudimientos de la tierra, que parece se sintieron con mayor violencia, siempre que unos grandes peñascos volaban del cráter. Las escorias porosas de piedra pómez llegaron al principio al tamaño del puño, y solamente á su ligereza debe atribuirse el que los techos no se hundieran ni se hicieran pedazos con su gran cantidad. La granizada de piedras pómez se convirtió más tarde en una lluvia de arena gruesa y finalmente cayó ceniza menuda como al principio de la erupción. Por lo demás este día no volvió á aclarar, y llenos de susto y temor aguardaron los Quiteños el Jueves, 28 de Octubre. Amaneció este tan oscuro como los días nublados del invierno en las regiones boreales: el sol apareció rodeado de una nube de ceniza, y esta falta de luz, duró todavía hasta el 1º de Noviembre, repitiéndose durante este tiempo algunos fuertes temblores.

Los efectos de esta erupción se extendieron fuera de los límites de la provincia de Quito. El 27 de Octubre se oyeron en Popayán los estruendos del Pichincha "como unos tiros de mosquetes distantes." La ceniza cayó en dicha ciudad y aún más al Norte, y en Loja hácia el Sur, igualmente que en las reduccio-

nes del Marañón, y en las costas del océano Pacífico (1), de manera que el alcance de la ceniza tuvo un diámetro de casi 200 leguas. Los materiales que el Pichincha arrojó en esta ocasión, llegaron á una cantidad tan asombrosa, que Rodríguez cree, que "si se juntaran en un lugar hicieran sin duda un monte tan grande como el mismo Pichincha." En Quito se cegaron los caños de agua, algunas casas se hundieron por el peso de las cenizas, que en las calles y en los campos llegaron á la altura de media vara. A pesar de las lluvias que cayeron en abundancia poco tiempo después de la erupción, tardaron más de un año en quedar limpios los campos. En las cercanías del cráter y sobre todo en la parte occidental de la montaña, los materiales gruesos y finos formaron altas colinas y llenaron quebradas profundas.

Aquí debemos hacer mención de un fenómeno que se verificó en el *Sincholagua* y es casi simultáneo á la erupción del Pichincha. No es posible averiguar el día del acontecimiento; pero todos afirman que *hacia el fin de la erupción del Pichincha*, se derrumbó un trozo considerable del *Sincholagua* en las faldas que miran al valle de Chillo. Lo que algunos (por ej. Hoff) llaman una *erupción* del *Sincholagua* no fue en efecto más que *un gran derrumbo*, ocasionado sin duda por uno de los temblores fuertes de aquel tiempo, que disminuyeron la coherencia de las rocas empinadas de la montaña. La coincidencia con un temblor se deduce también de las palabras de Rodríguez, que dice: "*al desgajarse aquel pedazo de monte de Sincholagua, causó en Quito el más terrible temblor de tierra de todos que padeció aquellos días tan afligida ciudad*;" solamente que hemos de considerar el derrumbo más bien como efecto del terremoto, y no al revés. Una masa inmensa de nieve, barro y peñascos, llenó el valle y represó el río Pita, el cual después de haber forzado el paso por aquellos escombros, inundó y desvastó con su todo el valle de Chillo á larga distancia, causando grandes estragos en los ganados. Sobre este acontecimiento véase Rodríguez, Marañón p. 235—236. Velasco III, 65. Alcedo Dic. IV. 555, Hoff. Chron. I. 309.

Entre tanto el Pichincha, una vez enfurecido, no se sosegó tan pronto. *El 9 de Noviembre*, se mandaron, como hemos dicho arriba, algunas personas á examinar el volcán, y fueron el Regidor Fernando de Perdillo y los clérigos Pedro de la Guerra y Tomás de Rojas. Bien provistos á cuenta de la ciudad, de "aves, conserva, vino, pan y lo demás que pidiere el dicho Regidor," emprendieron "con todo esfuerzo *de valor y ánimo*" su excur-

[1] Esta extensión inmensa de las cenizas en direcciones contrarias se explica solamente por los vientos opuestos que reinaron en diversas alturas de la atmósfera. (N. del Dr. W.).

sión. Sin embargo "al tantee la boca, longitud y estado de ella, y la distancia que de su nacimiento podía haber hasta esta ciudad, se quedaron como á distancia *de dos leguas* de dicha boca." Excusáronse después de no haber podido acercarse más "*por el mucho fuego, arena y ceniza,*" y porque "*desde la boca hácia esta ciudad como distancia de media legua sobre la haz de la tierra estaba quemando toda ella.*" Sondearon el cráter á pesar de tanta distancia (!) y dijeron que salían de él llamas de fuego tan grandes, que se perdían de vista por los cielos etc. Es claro, que aquellos exploradores á la distancia de dos leguas (sin duda estuvieron en una de las colinas cerca de la ciudad) no vieron mucho más, que desde Quito mismo y que no pudieron sondear el cráter, ni hacer las demás observaciones encargadas. Lo que sacamos en limpio de esta relación es que el Pichincha continuó en actividad algún tiempo después de la erupción principal. Lo mismo se deduce de las actas del Cabildo, el 15 de Diciembre, donde dice: *que las dichas cenizas no cesaban, ni los temblores hasta más de veinte días.*"

El 28 de Noviembre, primer domingo de adviento, la ciudad de Quito se asustó otra vez. De nuevo llovió ceniza desde las 5 hasta las 11 de la mañana y se oyó un ruido fuerte. Romero atribuye también este fenómeno al Pichincha; sin embargo al margen de su relación se encuentra una anotación interesante, escrita por otra mano, pero evidentemente del mismo tiempo, en la cual dice que 30 días después de la erupción del Pichincha "*reventó otro volcán por la vereda de Cansacoto, descubriendo el penacho por el cerro de San Diego,*" y por lo tanto más hácia el Sur. Se oscureció el día; pero á las 11 se levantó un viento fuerte del lado de Pansaleo (Machachi), y que disipó las cenizas. La relación parece indicar que el penacho de humo y ceniza se levantó tras de la Cordillera occidental. Por Diciembre de 1853 se verificó en los bosques al pié de dicha Cordillera una erupción volcánica con lluvia de ceniza, según me refirió un testigo ocular fidedigno, que entonces estaba en Santo Domingo de los Colorados. Es fácil que el fenómeno sobre dicho se derivara de este mismo volcán desconocido hasta ahora.

## APENDICE

---

Nº 1º *Aut. de Herrera. Historia general etc. Madrid. Pichincha: Dec. V. l. X. c. 10 [p. 237]. "De la descripción de el distrito de la ciudad de Quito.*

Después de una breve descripción de la situación de Quito al pié de la Cordillera occidental, y después de haber hablado de la "gran Cordillera" que es la oriental, el autor continúa.

"En la otra (Cordillera) que está al poniente, una legua de Quito está un cerro más alto que los otros, y en él se ve el volcán, que muchas veces echa humo y otras hace gran ruido, á manera de trueno, y suele echar ceniza; y á la víspera de San Lucas año de 1566, que se contaron 17 de Octubre, desde las dos horas después de medio día echó ceniza á manera de nieve, y duró hasta las 10 horas del día siguiente, y cayó tanta cantidad en la ciudad y su comarca que cubrió la yerba de los campos, por lo cual perecieron algunos ganados, y otros padecieron hasta que llovió; y treinta días después de este caso, sobrevino un nublado en la ciudad, que corría á levante, que causó tanto espanto entre los indios, que se huían á los altos, con tantos lloros y angustias que decían que era llegado el fin de todos; fué (como se ha dicho) tanta la ceniza que cayó que convino limpiar la ciudad y sacarla con carretas.

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

---

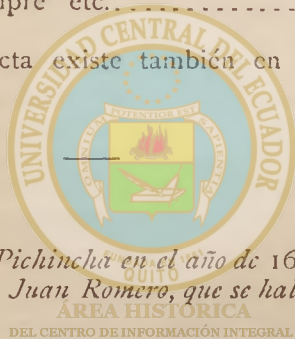
Nº 2 *Erupción del Pichincha el 8 de Setiembre de 1575. Copia del libro de Mercedes y Cédulas. 1575, folj. 54. Acta del 14 de Setiembre.*

"En la ciudad de Quito, miércoles, catorce días del mes de Setiembre de mil y quinientos y setenta y cinco años, entraron en cabildo los Señores justicia y rejimiento de esta ciudad según lo han de uso y costumbre los que aquí firmaron sus nombres al cabo de dicho cabildo, y platicaron y proveyeron las cosas tocantes al servicio de Dios Nuestro Señor y de su Magestad y bien de esta República; pasó en este cabildo lo siguiente:"

"En este cabildo se trató, que por cuanto el día de la Nati-

vidad de Nuestra Señora la Virgen María, que fué el jueves próximo pasado, que se contaron 8 de este presente mes, en esta ciudad y distrito acaeció una aflicción y tormenta muy tempestuosa, causada por el volcán que esta próximo á esta ciudad, que se dice Pichincha, de tal suerte que habiendo amanecido el dicho día, sobrevino tanta oscuridad que oscureció de tal manera, como si fuera noche tenebrosa y muy oscura, de que estuvo á punto de entender que se perdía esta ciudad, por causa de la ceniza que llovió y sobrevino de la que de dicho volcán echaba con muchos truenos y relámpagos de fuego; y porque el dicho día á las once horas del poco más ó menos fué Nuestro Señor servido mediante la intersección de la Bienaventurada Santa Virgen María Nuestra Señora, su gloriosa Madre, que volviese á esclarecer y alumbrar y cesase la dicha tormenta y oscuridad, y en hacimiento de gracias del beneficio y bien y merced, que esta dicha ciudad y república el dicho día recibió de Dios todopoderoso Nuestro Señor por la dicha intersección, se acordó que perpetuamente en cada un año para siempre" etc. .... se celebrase fiesta.

Una copia de esta acta existe tambien en el archivo del Convento de la Merced.



Nº 3 *Erupción del Pichincha en el año de 1660. Fragmentos de la relación del Dr. Juan Romero, que se halla en el libro de Cabildo de 1660 fs. 60.*

Seis meses habrá que cielo y tierra con otros elementos nos han enviado en bien claros pronósticos estas congojas desde aquel huracán deshecho, sin duda primer bostezo de este monte gigante, á media neche enviado para que fuese más temeroso despertador de nuestras dormidas conciencias. ....”

“El 27 de octubre, vigilia de los santísimos apóstoles Simón y Judas, cuyo día habiendo amanecido claro aunque con luces tibias, empesaban á bajar leves cenizas impelidas del aire, desde una densa como tempestad de agua, que venían bajando desde estos montes en hombros de las nubes, conque fueron tupiendo y condensando, con un espantoso bramido del reventón del monte, que comenzó á las siete y media de la mañana, con impulso furioso como de alguna avenida de mar inmenso, que detenía sus corrientes alguna presa ó represa de agua impetuosa, primer horror que comenzó á quebrantar nuestros corazones en la ira de

Dios, como dice el profeta" etc.

"..... á las nueve acabó de tupirse una densa tiniebla de más que oscura noche y confusión palpable de un aguacero espeso de arenas y cenizas que se hacía más espantoso en la lluvia de piedras, que como á locos nos estaba tirando Dios, por nuestras culpas. Comenzóse á conmovir la tierra con tan desusados y continuos vaivenes y descomunales temblores, que todos llorábamos á gritos su ruina y subversión, porque se repetían tan amenudo que los fines de los unos eran como reclamos en los estruendosos clamores con que venían los otros, con que por mucho tiempo quedaba á descontinuados ratos la tierra; como metiéndose en los constantes ejes de su misma firmeza, parece que queriendo revolcarse en nuestra sangre con nuestros edificios. Añadióse á la tiniebla otra más tupida confusión de horrores en la celeste esfera de una preñada nube, que reventando víbora articulada de incendios en rotas señales de relámpagos, abortó en estruendos de truenos muchos rayos, con que bramando en monte y augiendo en la tempestad, los aires parecían dos poco distante ejércitos" etc.

"..... por los continuados temblores, que no cesaron hasta diez y seis de Noviembre, víspera del grande Padre de la Iglesia Gregorio el Taumaturgo, quizá porque los montes no se suelen mover sin su precepto" etc.—“La primera Dominica de adviento, que fué el día siguiente, veinte y ocho de Noviembre..... madrugó este monte con Juan á publicar la penitencia segunda vez..... allá desde su desierto con gritos y clamadoras voces, que comenzaron á oírse á las cinco de la mañana, como á turbar repetidas veces los angustiados corazones (1). Con tantos pasados sobresaltos hizose en las señales más espantoso, por haber precedido las mismas confusiones y asombros, que sucedieron en el aparato espantoso de aquel primero día, que fueron sabiendo el monte arriba, en los humos y nubes y descolgándose la que está abajo en cenizas y oscuridades, como que anochecía en los polvos, que desde las cinco de la mañana estuvieron llovizando los aires hasta las once del día sobre nosotros, hora en que se nos restituyeron las luces, que habían faltado con el sol” etc..... se acordó por este capítulo á los nueve de Noviembre deste año, que el Señor Regidor

(1) Aquí se encuentra al margen de la relación la siguiente anotación escrita por otra mano pero del mismo tiempo: “A los 30 días del suceso sobre dicho dió otro asalto á esta ciudad no de menos desconsuelo que el pasado, pues reventó otro volcán por la vereda de Cansacoto, descubriendo el penacho por el cerro de San Diego, oscureciéndose el día dep. de mañana; y la Reina del cielo de Guápulo sacada en procesión por la plaza mayor con su hijo sacramentado le tapó la boca con un gran viento, que trajo de hácia Pansaleo (Machachi), conque quitó la ceniza, aclaró el día y cesaron los tronidos.” (N. del Dr. W.)



Fernando Perdillo como vaquiano de esos montes y cerros y de tan esforzado ánimo, fuese con dos sacerdotes al dicho parage del volcán, y habiendo primero hecho celebrar el santo sacrificio de la misa con la solemnidad y reverencia debida, con los ministros y gente que pudiesen ayudar á ella, y hechos los exorcismos y ceremonias de conjuración al dicho volcán, como lo dispone la Santa Madre Iglesia por su ceremonial romano, viese y tantease la boca, longitud y estado de él, y la distancia, que de su nacimiento podía haber hasta esta ciudad, y que cerros estaban amurallados por en medio, que son los que solamente han servido al parecer de resguardo á esta ciudad, y que querían desengañarse de lo que había su puesta primera las esperanzas de la divina misericordia para conseguir de su bondad las que se podían esperar. Y con esto fué dicho Sr. Regidor con todo esfuerzo de valor y ánimo, y habiendo usado de todos los actos susodichos é ido con los Padres Pedro de la Guerra y Tomás de Rojas presbíteros, que por el servicio de Dios y consuelo general se habían ido expuestos á tan conocido riesgo por el mucho fuego, arena y ceniza, que por toda aquella comarca y muchísimas leguas más se derramaba sin cesar, con el favor divino tuvieron felicidad de llegar hasta un alto de los de dicho cerro de Pichincha, como á distancia de dos leguas de dicha boca, de donde no pudieron pasar más adelante respecto de las dichas tempestades y desde allí miraron patente la boca de dicho volcán, de donde salían tan grandes llamas de fuego, que se perdían de vista por los cielos, con tan repetidos truenos, que no eran menos que el primer día y desde la dicha boca para hácia esta ciudad como distancia de media legua por sobre el haz de la tierra dijo se estaba quemando toda ella, saliendo llamaradas y globos de fuego de sobre la tierra y piedras de ella" etc.

Nº 4 *Erupción del Pichincha en el año 1660. Fragmentos de la relación de Rodríguez, en "Marañón" Lib. IV. cap. II. p. 229—237.*

"Es aquel celebrado, aunque temido cerro de Pichincha un agregado de muchos montes, y especialmente, le componen tres collados que entre todos descuellan muy superiores y parece que siglos atrás eran tres hombros monstruosos, que sustentaban otra cumbre, como cabeza superior y las que ahora sobresalen á beneficio de mucho fuego, que, ó consumió con su voracidad el pe-

so que tenía sobre sí en aquella cumbre, ó la voló en cenizas de su actividad. Los otros tres montes descollados, que hoy se ven, tienen en sus caídas diversos valles dilatados y anchurosos, y á la parte de Quito caen los de sus dehesas y sementeras de Turubamba, Chillo, Puembo, Cayambe, y otros que son á los que tiene temerosos aquel volcán, viendo á poca distancia de la ciudad las grandes piedras y peñascos dichos, que arrojó en la primera reventazón, que tuvo, de que se sabía padecieron estragos en los ganados y sementeras, y en los asombros, que causó el año de mil quinientos y setenta y siete, de que había memoria en los Archivos de aquella ciudad, que juró entonces fiesta y eligió Patronos, que la defendiesen de tan terrible enemigo, como tenían á la vista, si bien ya parece le miraban, como olvidado de rigores ó como bastantemente desahogado de sus incendios."

"Este pues reprimido volcán, á los ochenta y tres años de aquella reventazón, que casi estaba olvidada, aunque con tales señales para su memoria, quiso avivarlas con más horror el año de mil seiscientos y sesenta, por el mes de octubre, en que asombró de tantas maneras á los moradores de Quito, que no es para relación breve el decir con singularidad todos los estragos y efectos de su enojo ó necesario desahogo de tanto tiempo, como había reprimido el echar de sí los estorbos, que no eran ya materia de su incendio. Un domingo á la noche, á 24 de Octubre, comenzó aquel cerro á mostrarse, como con dolores de parto ó accidentes de algún aborto fiero, dando algunos bramidos ó estruendos, que de cuando en cuando se oyeron aquella noche, y el Lunes siguiente; por el Martes fueron más repetidos en varias horas del día y á la noche más continuados, percibiéndose con horror, una como batalla en las entrañas de aquel monte, como si se oyeran tiros de artillería distantes en una sangrienta refriega. Asustados se asomaban todos á ver las cumbres de Pichincha y entre las tinieblas de la noche, veían muy levantados del monte, algunos globos de fuego ó como relámpagos, cerca á las nubes, cosa de que suele verse algo todos los años, aunque no con aquella conmoción y extraordinario estruendo, en que no se veía penacho de llamas como otras veces, sino á tiempos, unas como centellas de peñascos encendidos."

"Amanecía ya, ó apuntaba el sol, á querer ilustrar á Quito, el Miércoles 27 de Octubre y habiendo sido aquella noche más temerosa, por los estruendos que se habían oído, despertó á todos el temor á prevenir la luz, con que deseaban ver lo que pasaba en la cumbre de Pichincha, y por su encapotado ceño, por sus relámpagos y continuados bramidos, reconocieron había reventado ya su ardimiento ó que á puerta abierta huían ya las peñas encendidas de la opresión de sus entrañas. Deseaban aclarase

algo el día, y lo que vieron fué que á toda prisa se iba volviendo noche más tenebrosa, y á las ocho de la mañana, se vió toda la ciudad en horrorosas tinieblas, y á las nueve era lo mismo el día que á las doce de la noche. No podían verse unos á otros y confusos con las tinieblas, espantados con el estruendo, que oían y con algunos terremotos repetidos, empezaron todos con turbadas diligencias, ya á dar clamores unos, ya á buscar consuelo otros, saliendo de sus casas los Seculares, de sus aposentos los Religiosos, encendiendo luces, cercanos al medio día, y cuando sintieron un ruido como de rápidas corrientes de algún río caudaloso, se dieron todos por perdidos, ó anegados de los raudales de fuego de aquel monte. Los que corrían por las calles á buscar confesión en las Iglesias, conocieron llovían piedras las nubes, y eran las escorias, como piedra pómez, que caían de los vientos, á donde las había disparado el volcán. . . . Se oía el ruido de la mucha piedra que caía con fuertes golpes en los tejados y por toda la ciudad, cuyo estruendo no le percibía el temor sino como ríos de fuego, que corría ya por las calles de aquel diluvio de llamas.

En este sumo aprieto de espantos y turbación no había consuelo, sino mayor aumento de temores, reconocidas las culpas que habían irritado á la Justicia Divina, teniendo por instrumento suyo aquel enfurecido volcán: este no cesaba, sino aumentaba más y más sus estruendos, y causaba de cuando en cuando terribles terremotos ó al caer los peñascos en sus entrañas ó al arrojar los de ellas, y encontrándose unos con otros hechos ascua, se repetían otros estallidos espantosos, y se disparaban centellas de fuego, que vueltas á dividirse, por divina piedad, bajaban en menuda piedra como un puño poco más ó menos, á cuyo beneficio y de la ligereza ó menós gravedad que tenían por haberlas pasado el fuego, no se undieron todas las Iglesias y las casas, con la multitud de piedra que llovió sobre ellas aquel día, ó lo más del, que á la tarde fué más menuda la que cayó y pasó á arena después, y lo último á ceniza muy delicada, y todo junto fué lo que entoldando cerradamente aquel distrito obscureció tanto y mucho más que la noche más tenebrosa, todas las horas de aquel día en el cual y la noche que se continuó con él, eran tan densas las tinieblas que ni las luces encendidas alumbraban porque apoderaba la ceniza de todas las piezas y rodeando las luces, les impedían su oficio y nadie salía de tinieblas." &<sup>a</sup>

*(Sigue la descripción de los clamores de penitencia, votos, ayunos, &<sup>a</sup>)*

“Pasando á ver si amanecía el día 28 de Octubre, después de tres noches continuadas entre tan repetidos temores, pues fué

sin diferencia alguna de luz el día intermedio, vieron á más de las ocho de aquel Jueves tan memorable, que como en un día muy cerrado de nieblas, se daba á conocer algo el sol en aquel hemisferio que parecía se había vuelto en Noruega, y casi se dudaba si amanecía. Este género de días pardos y nublados en que se comunicaban poco los rayos del sol, duraron hasta el de Todos Santos sintiéndose en ellos todavía algunos fuertes terremotos, sin acabar de sosegar la tierra que parece estaba palpitando, como asustada, mientras acababa de desahogarse para su respiración la boca de tan irritado y colérico volcán y en aquellos días como de media luz ó dudosos en su amanecer, con algún sosiego, se volvieron á confesar todos los de aquella ciudad.” &<sup>a</sup>

*(Habla en seguida de las penitencias públicas, enmienda de vida, &<sup>a</sup>)*

“La piedra gruesa y menuda, la arena y ceniza que arrojó de sí (el Pichincha) si se juntara en un lugar, hiciera sin duda un monte tan grande como el mismo Pichincha, que abortó de sus entrañas aquella materia, ya apurada y hecha escoria de sus ardores: á la parte contraria de Quito se supo había arrojado peñascos y tanta piedra gruesa, que taló montes y llenó algunas profundas simas igualándolas con lo superior de la tierra: la piedra menuda que voló más ligera, como centellas que arrojaban de sí los peñascos al chocar unos con otros en el viento se extendió muchas leguas en contorno de aquel monte: la arena menuda alcanzó á mucho más; pero la ceniza sutil causó espanto en partes distintas más de cien leguas de Quito, pues se vió llover ó caer mucho en Popayán, en Guanacas, y otros parages de aquel distrito, y en lo alto, hacía el Perú en Loja, Zaruma y hacía las montañas de las reducciones del Marañón, dónde se vieron caer el día de San Simón y Judas, que fué el siguiente á la reventazón: lo cual para mi es indubitable, porque me hallé dicho día en la ciudad de Popayán y al despedirme en la plaza de su Gobernador Don Luis Antonio de Guzmán y de otros Caballeros, con quienes había estado, vimos todos blancos de ceniza lo sombreros, reconociendo era de algún volcán como lo decía también, lo pardo que estaba aquel día, y unos como tiros de mosquetes distantes, que algunos habían oído el día antecedente, y está más de cien leguas de Quito aquella ciudad, aunque por el aire ser á menor su distancia.

“Esto de haberse percibido por el oído en tanta separación el estruendo de aquella reventazón, es más de admirar, que el haber extendídose tanto las cenizas, que llevados del viento, no es

mucho volasen tanto siendo tan sutil la que caía ; oyéronse pues el 27 de Octubre en Popayán de cuando en cuando unos como tiros de mosquete ó artillería muy distantes ó como un bramido confuso y todo arguye mucho menor la distancia de aquellos parages por el aire y cuan dilatadas son las vueltas de aquellos caminos por lo fragoso de la tierra. En otras partes, no tan distantes de Quito se percibió mejor el estruendo de tan guerrero monte y todo era de los peñascos, al despedazarse unos con otros en la región del viento, que causaban terrible estallido, de que se puede colegir, que asombro y temor causaría en los afligidos vecinos de Quito, que estaban tan inmediatos á aquel enfurecido volcán, como situados en las faldas, que encerraban tantos incendios."

"Hecho pues el cómputo de la distancia á que alcanzaron sus cenizas, es cierto que á lo menos se extendieron á cien leguas á un lado y á otro, ó por toda la circunferencia de aquel volcán : con que si consideramos la distancia desde Loja á Popayán, ú desde Barbacoas hácia el Sur, á otros sitios hácia el Norte, donde se vieron, ocuparon doscientas leguas de travesía ó diámetro: de que se sigue, que por la circunferencia hubo ochocientas leguas en contorno, en que se pudieron sentir los efectos de aquel Volcán, en sus cenizas, y parece quiso apostar Pichincha con el Etna, que ha llegado talvez con las suyas hasta Constantinopla."

"También fué de admirar lo que manifestó tenía de correspondencias y contraminas aquel volcán con otros de su especie ó que tenían forma contraria á sus ardores y voraces llamas. En frente de Pichincha, interpuestos los valles de Turubamba y Chillo, están otros montes de nieve muy vistosos y uno de ellos llamado Sincholagua, del cual descende el río de Alangasí, á los últimos estruendos del volcán, disparó contra sus peñascos encendidos, medio monte de barro y nieve derrumbándose por una ladera, y cayendo en el río le represó hasta que á violencias de la agua, y de la misma gravedad del lodo, corrió por la madre de aquel río tan grande avenida de un raudal todo lodo (como las mareas de Madrid), que ocupó picas de profundidad entre los montes que encaminan el Río" etc. . . . . "causó mucho estrago en algunas sementeras y ganados en lo llano de los márgenes de aquel Río : y al desgajarse aquel pedazo de monte de Sincholagua, causó en Quito el más terrible temblor de tierra de todos los que padeció aquellos días tan afligida ciudad, que tembló entonces combatida de fuego y nieve de dos montes y de la tierra y agua que dieron sus vertientes."

*(Intercala aquí Rodríguez algunas especulaciones filosóficas muy desgraciadas sobre el acontecimiento del Sincholaqua; después prosigue):*

“Este fué gravísimo cuidado y riesgo en aquella ciudad, en la cual algunos tejados, poco fuertes se vencieron con el peso de la piedra, arena y ceniza, y así aun antes de sosegarse del todo los de la Ciudad, echaron gente á los tejados, que los aliviasen echando á los patios y calles el peso grande, que había sobre las casas, conque creció la ceniza de las calles tanto, que estaban todas con media vara de ella, y de la misma suerte los campos y los montes, y aunque proveyó Dios inmediatamente algunas lluvias, que en aquella tierra doblada, quitaron mucha ceniza, duró la abundancia de ella más de un año, y en partes llanas permaneció más tiempo, y aun se reconocen ahora todavía arenas y escorias, que son memoria de aquel estrago. Muchas aves se hallaban muertas á golpes de la dura lluvia de aquellos días, y algunas buscaban su guarida entrándose en las casas: algunos venados y otros animales se entraban también á la Ciudad y los pueblos de los Indios, huyendo de aquella tormenta, y sus asombros de que tendrán que contar siempre con asustado temor, los que padecieron en Quito.”

“Ya sosegado del todo Pichincha, encerradas en sus profundos senos sus llamas, envió la Real Audiencia algunas personas, que procurasen ver como había quedado la boca de aquel Volcán, y reconocieron de lejos, no sin temores, que había como una legua de boca ó sima profunda entre aquellos tres montes, que parecen las fortalezas contra la artillería, siempre asestada en la profundidad del Pichincha, á cuyos rigores se interponen, como el monte Soma en Nápoles á las llamas del Vesubio: no por eso olvida Quito lo que deben temerse sus enojos, y sucediedo [?] tal vez verse algunas llamas, que arroja casi hasta las nubes, y que causa de cuando en cuando algunos terremotos, es siempre aquel Volcán el freno que más reprime en ella la vida licenciosa, y el que infunde en todos sus vecinos el gran principio de la ciencia de salvarse, que es el temor de Dios, como dice la Eterna Sabiduría.”

“Al año de aquella reventazón, sin que se viesen llamas, se sintieron grandes terremotos á principios de Diciembre de sesenta y uno, y parece los causó, y que después se causan otros, de la conmoción, que tiene el fuego en las entrañas de aquel monte, cayendo de él algunos peñascos que (perdiendo sus estribos, consumidas del fuego las bocas en que se mantiene el círculo de aquella profunda sima) caen á lo más inferior de ella, y moviéndose el mucho fuego que parece arde allí siempre en abundante

materia, de alcrebite ó enfurecida esta, por arrojar la extraña materia que le oprime, causa los terremotos. Y aquel grande que se sintió al derrumbarse tanta nieve y lodo del monte Sincholagua, parece le causó la coz violenta de toda la artillería de Pichincha, porque los que exploraron después su boca y estragos, vieron que hácia la parte opuesta de Quito, fué adonde arrojó como río de fuego, ó asestó como balas los peñascos, y su impulso tuvo por arrimo de su reflexión al monte opuesto de Sincholagua, cuya apretura y vecindad del fuego, parece le hizo sudar y que evacuase todas sus humedades, en lodo, nieve decretida."

*(Continuará).*



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL